La Diligencia

«Madre de la buena ventura»

CERVANTES

LA diligencia para hacer una cosa se considera *movida* por algo interior (que está en nosotros mismos) o algo exterior, que está al lado de nosotros, algo separado o quizá todavía muy lejos. Tales son los casos del fervor interior de un misionero, del padre de familia a quien le impulsan las necesidades de sus hijos, del artista del estudiante que trabaja columbrando a lo lejos el porvenir y la gloria.

Es decir, que la diligencia *es una energía* que deberá estar en relación con la potencia del motor, como a diario lo vemos en las aplicaciones de la vida física. A nadie se le ocurrirá para montar una central eléctrica aprovechar un chorro de agua tan solo aplicable al riego de un pequeño huerto.

Igualmente el hombre será más o menos activo según los motivos que lo muevan a serlo. El misionero, el militar, el abogado, el estudiante, el artesano, el labrador, el soldado y todo el mundo trabajarán en proporción a la altura de las miras, el rendimiento que se hayan propuesto o la perfección con que crean que merece ser cumplida la misión encomendada.

Sin este *agijón* no se comprende la vida que es lucha y movimiento en estos días velocidad y vertigo.

Llegaos a una gran ciudad: ved la multitud como se marea en todas las direcciones, hombres que van de prisa a pie, en bicicleta, en moto, en tranvías, en taxis en todos los medios de locomoción. Todos llevan este impulso ese algo que les mueve, les arrastra, les hace correr y volar. Es la profesión, el negocio, el trabajo, la escuela, la universidad, el porvenir, la fama que todos reclaman, la diligencia, el trabajo de sus afiliados. Todos se mueven, todos marchan por los caminos elegidos.

Queda, pues, asentado que la *diligencia la llevamos en nosotros* que la aplicamos a cosas que nos interesan, a cosas que queremos, a fines que perseguimos.

Lo indiferente, lo que no nos afecta lo miramos y lo dejamos como el transeunte prescinde de las vías que no conducen al edificio donde se encamina. Ved con que facilidad, aplicando todo esto, distinguiremos al soldado diligente y por su contraste el soldado perezoso.

El primero lo veremos nada más tocar Diana. Como es diligente, hasta para discurrir, con rapidez deja la cama. Está persuadido de que tiene que levantarse y por minutos, quizá segundos, no se expone a una reconvención más o menos persuasiva.

El perezoso empieza a preguntarse el porqué de la Diana tan pronto, el por qué de la rapidez, el inconveniente de la lista, y el mayor inconveniente lo encuentra en el sargento de semana, ¡ah si no fuera por él, a buena hora se levantara!

Ya está en marcha el horario. El soldado diligente para nada necesita apremio; enseguida recoge su equipo, aseá su persona, prepara su armamento y se dispone para la formación o el acto que sea. Como pone atención a lo que previene y a lo que se ordena, siempre está en la pista que ha de seguir.

El perezoso necesita, por así decirlo, espuela continua para caminar y cuando no es su persona desaliñada es su equipo el que requiere orden si no éste, es su fusil que clama venganza, al verse sucio entre tantos limpios.

Pero esperad que llegue el Oficial o el Sargento a los enseres del perezoso. Hallada la falta en ellos, nunca le falta el pecador alguna aparente razón. No le llega el tiempo para seguir el horario, el día anterior a estado de guardia y hoy esta de cuartel. No le queda ni tiempo para lavarse el mono, que también lo tiene sucio, cosa nueva que se advierte al reprimirle.

El soldado diligente es un limpiísimo espejo de aseo, de puntualidad de presentación, de subordinación y de todo.

Está persuadido de la altura de su misión, de lo inútiles que son los rodeos del perezoso, de lo bien que le va marchando el día con el horario con el conocimiento y cumplimiento de sus obligaciones y con la conservación de su armamento.

Se ríe del perezoso, que como no limpia el fusil y descuida los conocimientos aprendidos, vacila en el arma y desarma, sobrándole piezas que coloca gracias a la diligencia de su compañero.

Así que sobreviene un trabajo intensivo o extraordinario a la Unidad el soldado diligente permanece inmutable tiene su regla; lo que le manden sabe que así no se equivoca, que nada le falta.

Su contricante barrunca el trabajo dos días antes. Una especie de reuma moral se le dice habrá que hacer tal cosa, llegará munición, habrá traslado; qué sabe él lo que será pero ya lo siente. Y busca refugio en sus remedios: se apuntará a reconocimiento? no es prudente porque ya lo conocen, le tocará cuartel? cree que no porque hace poco que lo hizo. No hay remedio la excusa es imposible. Y el pobre se refugia en un trabajar lento, en cosas que no tenga que doblarse y que no